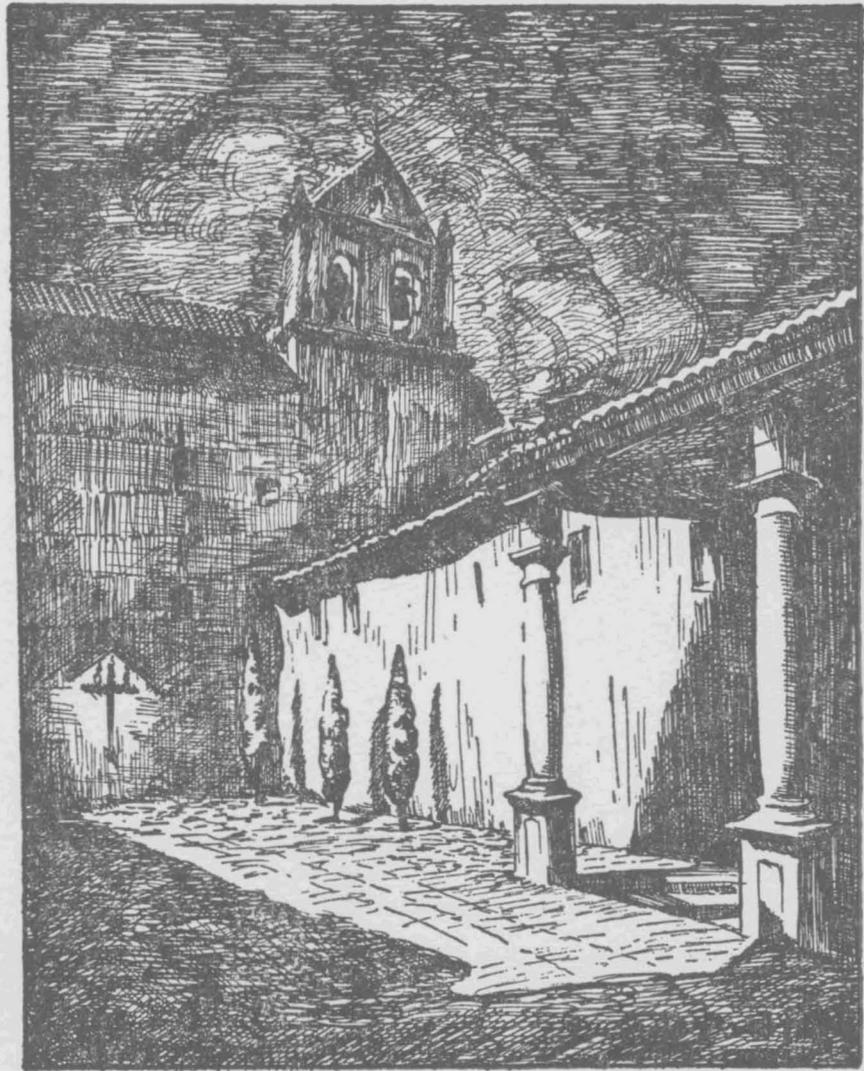




AYER Y HOY



del. M. Luisa García Pardo

N.º 18

Agosto-Septiembre 1950

NUESTRA PORTADA

Plaza de Santo Domingo el Real

(Dibujo de la Srta. María Luisa
García Pardo.)

«Yo en mis favores alego
que ser mía pretendiste
en mi amado Monasterio
El Real, que ilustra mi nombre
y tanto estima Toledo.»

(Tirso de Molina. «La Santa Juana». Jornada 1.^a.
Famosa trilogía hagiográfica, compuesta en Toledo,
1613-1614.)

«ESTILO» agradece profundamente las atenciones de que fueron objeto sus asociados en la última excursión a Torrijos, Maqueda, Escalona y Almorox, realizada el 10 de Septiembre.

Muy especialmente a la generosa hospitalidad que les dispensaron los señores D. Felipe Sánchez Cabezudo y D. Manuel Muñoz Aguilar, con su distinguida esposa D.^a Carmen.



La Ruta del Lazarillo

por FERNANDO ALLUÉ Y MORER

(De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo)

I

Está la mañana maravillosa. Este cielo azul de Toledo, rotundamente límpido, constituye ya de por sí un máximo aliciente para la salida hacia las inefables rutas de su paisaje. Asirlas, en el aire sutil del viento delgadísimo, alegre y abre las frentes para su pleno goce. Así parte el auto, con la ilusión de unos buenos amigos, camino de Torrijos.

El río Guadarrama no alcanza al Tajo: se ha extraviado antes, y ni siquiera el más leve suspiro de linfa palpita en su lecho para justificar el fenómeno geográfico. Montículos ocres, amplios manchones grises de olivos, agrías zonas reseca de sol desnudas de toda vegetación, y ya están las esquinas claras de Torrijos a la vista. ¿Ruta de Lázaro de Tormes? ¿Y por qué no? ¿No es este acaso uno de los mejores senderos literarios de Toledo, que tantos y tan ilustres tiene? Sigámosle ahora hasta el fin, bebiendo el encanto de sus perfiles, como otrora lo hiciera aquella optimista e innominada pluma, tan famosa.

Torrijos surge, parecido a un desierto, como dormido. La plenitud del duro estío aquietta los cuerpos y los oculta entre las sombras azulencas de las viejas mansiones encaladas. Ciega la mirada de las casas, embriaga el vigor de su luz despiadada. Pero aquí están, ante la vista ya, el inenarrable frescor de los muros de la Colegiata y el ritmo blanco y como lusitano de sus sillares cenicientos, para refrescarnos las sienas y las manos del espíritu y decirnos que el viaje empieza bien y que la ruta se abre perfectamente con esta apacible y delicada melodía re-nacentista.

II

Las torres del castillo de Maqueda atalayan incansables un horizonte sin límite. Los caminos serpentean entre un ajedrezado de tierras, entre un mosaico de toques verdes, lapizlázul, sienas. A veces se levantan lejanas lomas, coronándose de cúspides exactas: una ermita entre árboles, una fortaleza remota. O bien, hacia el norte, telones de delicadísimos e inefables matices blanquiazules encienden la incontenta emoción de sus cumbres: Gredos airea bien ahora, a los vientos altos del estío, sus cabezos cimeros.

Pero con todo el sabor intransferible de esta admirable perspectiva, tiene también la villa otras cosas gra-

tisimas. Un torreón solitario —hiladas mudéjares de piedra, cal y ladrillo— asciende entre la ruina de las viejas murallas y pone una nota característica en el contorno urbano.

Hay también —es un gran placer subrayarlo—, próxima a la muralla, entre alta verdura arbórea, una quinta: el blancor de sus fachadas reclama al fuego del verano acuciante refugio. Dentro existe éste, en verdad; y delicioso: porque las exquisitas personas que lo habitan saben perfectamente conjugar los atuendos modernos con un refinado amor a lo antiguo. ¡Qué bien aquí, qué rica solera de perfecta hidalguía latiendo entre estas paredes!

Yo quiero vivamente anotar ahora mi gratitud, por los minutos de inolvidable hospitalidad, a estos exquisitos señores de Maqueda.

III

La máxima emoción de Escalona reside en su plaza mayor: venir a Escalona es acudir a ver anhelantes los porches viejísimos que casi totalmente circundan el rectángulo. «Yo que ví el aparejo a mi desseo, saquele (al ciego) debaxo de los portales e lleuelo derecho de vn pilar o poste de piedra que en la plaça estaua sobre el qual y sobre otros cargauan saledizos de aquellas casas». Así habla Lázaro, a punto de fraguar su terrible venganza: el cegado ciego se abalanzará veloz contra la piedra fatal y se hendirá la cabeza.

Y sí, sí, esta puede ser, o esta otra de más allá, la famosa columna: gruesa, fuerte, ochavada, de florido capi-

IV

Viñedos de Ahnoróx. El terreno se altera en infinitas lomas, quebrándose en estribaciones serranas: Piedras de sucio gris y roja tierra van alternándose sobre la piel del paisaje; cepas y cepas, cargadas de uva tinta, verdean infinitas al sol de medio día. ¿No fué aquí, junto a esta barda, sobre este valladar (es la palabra justa), donde el sórdido viejo y su avisado guía se comieron el sabroso racimo que un vendimiador les entregara de caridad?

Pero la gloria verdadera de Almoróx reside en el prodigio de sus pinares. Para el cuerpo dolorido por el calor y el cansancio, qué maravilloso bálsamo guardan estos pinos: Suben y bajan las masas verdes ciñéndose al ritmo sinuoso de las colinas, adaptando su encanto esmeraldino al movimiento ondulante del horizonte. Rotundas copas gayas prestan una exquisita sombra, y musgosas roquedas sirven ahora de grato asiento. Se abre el pecho al perfume de los troncos albares y al aroma de las jaras y los tomillos.

Puede decirse que, en este punto exacto, hemos alcanzado una meta espiritual: en el silencio del aire y de las ramas, bajo la porcelana del cielo, parece como si quisiera el alma adivinar el secreto prodigioso de la paz y la belleza eternas.

V

Pero el regreso, terminada la ruta toledana, tiene también su encanto. De nuevo en Escalona, la prócer villa, donde aún alientan corazones hidalgos. Hay, por lo menos, uno: Muy antiguo y muy moderno, en una mansión muy antigua y muy moderna, que se abre sobre una callecita silenciosa de altivas rejas y puertas de recias clavazones. ¡Qué sorpresa inaudita! Este encalado recinto guarda libros, óleos, muebles, cerámicas, viejos pergaminos con rúbrica de reyes. Pero todo vivo, en acción estimulante sobre los pulsos adormecidos.

Nos espera, pues, aquí la mano amable de la amistad con una activa ilusión de sueños de arte. Y una guitarra, especialmente, sabe poner ahora, sobre nuestra sonrisa, en el silencio de un patio blanco donde respiran plantas y aljibes, la gracia lírica de una noble caricia, el jirón llameante de una entrañable emoción, muy antigua y muy moderna.

SUMARIO

Don Fernando Allué. La Ruta del Lazarillo.

Don Mariano G. Rojas. Comentarios.

Don Guillermo Téllez. Toledo en el Arte. La escultura gótica.

Don Fernando Espejo. Toledo en las Obras de Quevedo.

Don Antonio de Ancos. Tríptico cervantino.

PÁGINA POÉTICA

Don Pablo Gamarra. El Entierro del Conde de Orgaz.

Don José Luis Pérez de Ayala. Del Toledo triste.

Don Clemente Palencia. Crítica de libros.

Distinciones recaídas sobre nuestros socios.

COMENTARIOS

En esta época de desaparición de unos valores y nacimiento de otros, no nos ha sorprendido la lectura, en el corto período de unos meses, de dos noticias que ahora comentamos unidas. Primero fué la de haberse declarado desierta la subasta en que se ofrecía el cuadro de Goya «retrato de la marquesa de Espeja», tasado en setecientas mil pesetas, y últimamente hemos leído que el mapa del capitán Kidd, famoso pirata que se dice señaló en él el lugar de una de las islas de las Antillas en que enterró su tesoro, ha corrido casi la misma suerte. Valorado con otros muchos recuerdos de Kidd en tres mil libras esterlinas, se han ofrecido únicamente veinticinco.

Ambas noticias son el reflejo de una manera colectiva de pensar nueva. Nos encontramos en una época materialista de realidades que apremian. Y este sentido colectivo de la vida, aparece mucho tiempo después de haber sido discutido por los filósofos. La ciencia va muy por delante del rebaño humano. El último descubrimiento ha de permanecer largo tiempo en el laboratorio antes de que, convertido en progreso tangible, esté al alcance de todos los humanos. Ahora, lo que estamos viviendo, es la pugna entre materialistas e idealistas de Kant y Descartes, Berkeley y Locke, mientras que los filósofos del día discuten eso del «existencialismo», tan fuera de nuestra realidad y de nuestro conocimiento.

A nosotros, idealistas, estas noticias nos apesadumbran. La humanidad ha dejado de conceder mérito alguno a Kidd; no cree en tesoros ocultos. Los niños, cada vez más pronto, dejan de creer en Pulgarcito, Blanca Nieves y todo ese mundo maravilloso de hadas y portentosas riquezas. Y, lo que es peor, tampoco concede valor a Goya. Nuestro mundo considera mejor, sin duda, invertir su dinero en un automóvil, pongamos como ejemplo de realidad práctica, o en acciones inmobiliarias, ejemplo de quimeras que fueron realidad.

Esta transmutación de los valores estéticos nos da mucho que pensar. Tendremos que ordenar nuevamente nuestra vida para ponerla al día, y en cuanto a la obra de arte, habremos de calcularla, por su tama-

ño, el número de horas invertidas, su colorido en consonancia con el mobiliario o el tema.

Quizá pasada ésta del materialismo, estemos abocados a una era en la que tenga vigencia aquella otra teoría filosófica de los valores. Nos habremos entonces detenido a pensar un poco en el absurdo que representa haber empleado una unidad monetaria, creada por la economía, para valores de toda índole. Es como si midiéramos la temperatura o el amor, por metros, cosa que sólo permitimos a la mentalidad infantil que quiere «un millón de kilos». También las personas mayores en leyes escritas, han valorado en pesetas la pérdida de un hijo y la de un primo, la de un ojo y la del dedo meñique de la mano izquierda, y miden el amor por la cuantía de la dote. Aparecerán entonces unidades de medida para los valores afectivos, otra para los valores estéticos, etc. Así como ahora, ante los forasteros conocidos, para asombrar su ignorancia, hemos de acudir a reducir a pesetas el valor de las obras de arte de nuestra ciudad y decir que un turista americano o un museo extranjero han ofrecido tantos millones de pesetas por tal cuadro o tal obra de arte, diremos entonces: «este cuadro del Greco está valorado en veinticinco millones de *kalometros*».

Hasta tanto que esto, llegue, nosotros, idealistas acérrimos, seguimos teniendo la esperanza de que cualquier día, cuando mandemos tapizar alguna vieja butaca, hemos de encontrar, en su interior, en un rollo de billetes, las setecientas mil pesetas que necesitamos para adquirir ese cuadro de Goya que nadie quiere.

M. G. ROJAS

Hace algún tiempo se habló de una posible excursión a Cuenca y la «Ciudad Encantada», organizada por la Directiva de nuestra Asociación. Después nada concreto se ha sabido de ello. ¿Por qué aprovechando este tiempo delicioso del otoño no se trata de realizarla? Es una sugerencia que brindamos a esa Junta Directiva por si mereciera su atención.

Unas asociadas de «Estilo».

TOLEDO EN EL ARTE

LA ESCULTURA GÓTICA

Por GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Es menos importante que la arquitectura, pero se presentan ejemplares que dignamente entran en la Historia general del Arte. Entre lo más antiguo de nuestra Catedral, sin que pueda francamente afirmarse que sea del siglo XIII, sino más bien de principios del XIV, figura la portada de la Puerta del Reloj, haciendo la salvedad de que en ella hay por lo menos esculturas de tres épocas, a saber: una serie de relieves que forman el intradós, enlace entre la parte nueva y la portada propiamente gótica; las figuras que integran ésta, y, por último, las grandes figuras del abocinado, adición en una reforma del siglo XV.

La primera serie está constituida por una serie de relieves inexpresivos y arcaicos que parecen persistencia de algo románico. Acaso hechos sin más preocupación que la de cubrir superficies iguales. La parte capital de la portada, es el tímpano que en varias zonas ofrece escenas de la vida de Jesús y de la Virgen, ocupando más extensión las bodas de Canaa, cuyas ollas dieron nombre a la puerta. Termina el tímpano con la Dormición de la Virgen, escena que parece algo picada acaso porque en alguna época se creyera indiscreto el tema.

También creemos muy antiguas las grandes figuras del triforio del Altar Mayor. Son algo bastas y parecen haber sido trasladadas, quizá de las capillas de Reyes Nuevos y Viejos.

Siglo XIV.—Entre lo más fino de esta época encontramos las pequeñas figuras que hay bajo los gabletes que tuvo la capilla de San Ildefonso. Recordamos un Apostolado, la Coronación de la Virgen, el Juicio final y una serie de santos, entre ellos San Lorenzo.

Francamente de este siglo son las figuras del trascoro, poco apreciadas entre los autores, a excepción del arquitecto inglés Street, que tiene identificadas casi todas. Siguiendo el uso litúrgico o la costumbre, se refieren exclusivamente al Antiguo Testamento. Las más claras nos relatan el Génesis, en la parte central del trascoro. Originariamente debieron ser de igual tamaño, pero hay algunas ampliadas a los lados y otras figuras debieron ser suprimidas por el Tetramorfos de Berruguete.

Obra de lo más fino del estilo dentro del XIV, es la cancela que cierra el lado de la Epístola en el Altar Mayor. Tiene abajo un Apostolado y, a modo de crestería, una serie de ángeles músicos. Se afirma que al otro lado hubo una cancela análoga deshecha para el enterramiento de Mendoza, pero no puede asegurarse que así fuera, pues este sitio corresponde a la capilla funeraria de Reyes Viejos.

De finales de este siglo son las decoraciones de la fachada principal en opinión de Angulo. Lampérez las encuentra pequeñas, cortando así la monumentalidad que debiera acompañar al lugar más visible de la Catedral. Aquí, como siempre que se hable del gótico en el exterior del templo, nos referimos a lo labrado en piedra caliza y nunca a la piedra granítica muy posterior. En ciertas notas decora-

tivas encontramos cierto ritmo mudéjar, como la uniformidad de las rosas y los castillos y leones que cubren uniformemente el arco, careciendo además del típico baquetón gótico. Recuerdan los sepulcros de las Huelgas.

Los tímpanos son lo más interesante: el de la Puerta de Escribanos, es decorativo; el central o de la Puerta del Perdón tiene el tema catedralicio de la Descensión, cuya Virgen ofrece bien marcado el contoneo del estilo. En general, los paños están muy bien movidos. Las figuras del tímpano de la Puerta del Juicio, nos parecen de inferior categoría.

Siglo XV.—Lo más fino de la época, es la decoración de la Puerta de los Leones (excepto la Asunción, que es barroca). El trasaltar Mayor, que lleva las armas de Mendoza, lo considera Mayer obra de Juan Guas, concordando su estilo con la profusión decorativa de San Juan de los Reyes. En los relieves, que representan escenas del Nuevo Testamento, hay unas figuras pequeñas que parecen más finas y acaso de procedencia anterior, y otras figuras mayores menos cuidadas. En general, parecen de Juan Guas la composición y distribución de estos relieves que debían ser anteriores a él y acaso ordenados antes más sencillamente. También son de esta época las grandes figuras de la Puerta del Reloj, que presenta a la izquierda la Adoración de los Reyes, con los tres reyes y un escudero que tiene de las riendas a las cabalgaduras, y al lado de enfrente una figura con báculo, como de abad mitrado y la Anunciación.

El conjunto escultórico más interesante, es la sillería baja del Coro, de Rodrigo Alemán o Espayarte, que firmó también la sillería de Zamora. Está bastante estudiada la iconografía de los tableros, pero se manifiesta mejor el estilo en las bichas y monstruos, así como en las paciencias bien curiosas.

En la parte alta de la torre de la Catedral, aparece una serie de cabezas, a nuestro juicio de tipo decorativo y de origen alemán, que suelen abundar en las sillerías de coro y las recordamos aquí porque reaparecen sobre las tribunas de San Juan de los Reyes y en las pilastras del Palacio de Fuensalida.

Escultura funeraria.—De lo mejor que hay en la Catedral, creemos que es el sepulcro del Cardenal Albornoz, del siglo XIV, en la Capilla de San Ildefonso. Muy al final del siglo, en 1399, se hicieron las estatuas sepulcrales del Arzobispo Tenorio y de su secretario, el Obispo de Palencia, Arias Balboa, que se encuentran en la Capilla de San Blas, en el Claustro y fuera de la Catedral, y de esta época (1400), es de interés, el sepulcro de la Malograda, que se conserva en San Pedro Mártir, procedente del Hospital de Santiago.

Al siglo XV pertenece el sepulcro de Sancho de Rojas, que antes de la reforma de la Capilla de San Pedro estaba en el centro de la nave y de allí fué trasladada a un lado del presbiterio. En la Capilla de Reyes Nuevos están los sepulcros de

Enrique II y su esposa, doña Juana Manuel (ésta del siglo XIV), Enrique III y Catalina de Lancaster y la de Juan II, votiva y orante.

Más movidos que los anteriores y con orantes en los ángulos son, en la capilla de Santiago, los sepulcros de don Alvaro y de doña Juana Pimentel, hechas por Pablo Ortiz en el año 1489. De fines también de este siglo XV debe ser el sepulcro sin inscripción que hay en la Puerta de los Leones, con llorones.

En el Museo provincial se conservan los sepulcros de los primeros condes de Fuensalida, procedentes del Hospital de Santiago; ella tiene el perro de la fidelidad y él el león de la fuerza.

En el presbiterio de Santa Isabel está el sepulcro de doña Inés de Ayala, también del mismo estilo.

Escultura exenta.—De las más antiguas, dentro de la Catedral, nos parecen las que están colocadas en el Altar Mayor, imágenes de iconografía dudosa. También nos parece muy antigua, aunque está considerada como del siglo XVI, la Virgen y el niño que guarda el Museo de San Vicente, procedente de San Cipriano.

Del siglo XV, es la bellísima Virgen de la Estrella, en alabastro, del Trascoro. En el Coro se conserva la Virgen Blanca, de tipo gótico francés. En 1418, Alfonso García, de Valladolid, hizo la Virgen de plata del Altar Mayor. La Concepción Franciscana tuvo, hasta después de la revolución, una gran Virgen de alabastro, mutilada, de la misma época y estilo.

Durante el siglo XVI se trabajó todavía bastante en la escultura con el estilo gótico, y su conjunto de mayor volumen es el Altar Mayor de la Catedral que, con los de Oviedo y Sevilla, ocupa el primer lugar, en cuanto a superficie, de los altares del mundo. Es obra de varias manos y no siempre de gran categoría. Algunos grupos, y no los de mayor volumen, son muy finos, como el de la Oración del Huerto. La Custodia de Copín parece haber sido el modelo original para la Custodia de Arfe.

La figura de este escultor, Copín de Holanda, es la más interesante en esta época del gótico muriente. Parece que es de él el Cristo Tendido del Trascoro, de un patetismo casi excesivo. También labró los sepulcros de Reyes Viejos en los laterales del Altar Mayor, la Puerta de la Sala Capitular y el Santo Entierro de la Cripta, en 1514.

Al mismo siglo XVI pertenecen varios sepulcros de las Capillas del lado de la Epístola de la Catedral, entre ellos el de don Luis de Daza, en la Capilla de la Epifanía, y el de don Juan de Salcedo, en la Capilla de la Concepción.

El mayor grupo de figuras góticas que dentro de la microplástica se elabora en el siglo XVI, es el que ornamenta la custodia de Arfe, hechas en la técnica de la «cera perdida».

Y con esto damos fin a esta revisión de la plástica en la época gótica sin que, como siempre, creamos haber agotado el tema.

Toledo en las Obras de Quevedo

A don Clemente Palencia, espíritu abierto,
que ha sabido convertir su afición en profesión.

Raro es el escritor de nuestro Siglo de Oro que no se acuerda de Toledo en sus obras. No constituye una excepción don Francisco de Quevedo y Villegas.

La opinión del llamado Juvenal español, no es muy benigna para nuestra ciudad. Demuestra tener un conocimiento, bastante profundo, no sólo de la población, sino de los pueblos de la provincia: Madrides, Consuegra, Talavera, Torrijos, Ocaña; desfilan en su prosa y en su verso. Al vino de Esquivias, alude; del de Yepes, en numerosas ocasiones, se declara su admirador.

Toledo es citado numerosas veces: habla de la urbe, del reino, del arzobispado. En algunos lugares trata de él sin mentarle.

De que Quevedo nos ha visitado, hay pruebas fidedignas, aparte de admitirlo, él mismo, en una composición poética que más adelante citamos; de ello se infiere que, con toda probabilidad, pasaría por aquí tantas veces se trasladase a su señoría. Don Francisco cargó con el sambenito, entre otros, de un hecho sangriento, acaecido en Madrid, en el templo de San Martín; mancha que ha desaparecido gracias a las investigaciones del señor González Palencia, que demostró que en aquellas fechas, año de 1611, se encontraba, circunstancialmente, en Toledo. Seguramente vendría esta vez y otras, con motivo de su pleito de la Torre de Juan Abad, de la que fué señor; dicho lugar era de la jurisdicción del Arzobispado Primado.

Su escuela conceptista, nos confunde, en ciertos párrafos. En el romance «Refiere su vida un embustero», después de mencionar nuestra urbe, parece que se repite, en un verso, donde no sabemos si se trata de la villa de San Clemente, hoy día provincia de Cuenca, o del convento toledano del mismo nombre.

La denominada «Carta a la Rectora del Colegio de las vírgenes»,

lleva, en varias ediciones, un título relacionado con las monjas de *San Joan de la Penitencia*.

De una manera general y somera, habla de la Ciudad Imperial en varias de sus obras. Entre otras, en el romance «Con nombre supuesto se queja de una madre y de una hija»; en los bailes «Los valientes y Tomajonas» y «Cortes de los bailes»; en la obra festiva «Vida de la Corte y oficios entretenidos de ella»; en la «Vida del bienaventurado fray Tomás de Villanueva», capítulo III; en el II dice que, en 1541, se celebró en Toledo el capítulo de la orden del santo, Orden de San Agustín.

En «El Buscón», libro II, capítulo V, en una misiva que Pablo envía a su tío, menciona a Toledo. Todo el capítulo IX del libro III, transcurre en él, donde llegó el protagonista con una compañía de histriones. Nada de particular hay en los fragmentos señalados que tenga puntos de contacto con el tema que nos ocupa.

Considerar a nuestra ciudad como un centro de truhanería, es un asunto común a los escritores de la picaresca española, ya que fué Corte durante bastante tiempo y que en la guerra de los comuneros hubo un centro militar de importancia. Lo cual lleva siempre aparejado un sedimento social indeseable. No podía faltar en Quevedo tal faceta, que hace extensiva a la abundancia de cristianos nuevos. Punto, este último, que toca en el romance XLIII, que dice así:

«¿Adónde están los cristianos
que gozan de aqueste lance?;
que en el reino de Toledo
los Pedros pagan por Tarfes.»

Las jácara «Respuesta de la Méndez a Escarramán», «Romance del testamento que hizo Escarramán», «Vida y milagros de Montilla», «Pendencia mosquito»; los romances «El cabildo de los gatos»,

«Itinerario de Madrid a su Torre», «Abomina de una vieja que quería ser tercera de una niña» y «Quejas de una cortesana viéndose ociosa», parecen dar a entender la existencia de una Corte milagrera numerosa.

Los edificios e instituciones también tienen su representación. En el precitado «Itinerario», describe, irónicamente, el artificio de Juanelo; el mentar en dicha composición la *Puerta del Cambrón*, hace un juego de palabras no muy correcto.

La mencionada jácara «Respuesta de la Méndez a Escarramán», cita un *pobre hospital*, palabras ambiguas que no nos aclara cuál pueda ser.

La obra festiva «Origen y definiciones de la necedad», habla de la *Casa del Nuncio*, uno de los más célebres, quizá el que más, de los sanatorios de orates de España por aquel tiempo. En el falso Don Quijote, se encuentra el mismo detalle. En el «Itinerario», tiene lugar igual mención. En el libro I, capítulo VII de «El Buscón», la madre del protagonista está *presa en la Inquisición de Toledo*.

En la «Vida del bienaventurado fray Tomás de Villanueva», capítulo III, dice así: *estando la magestad cesárea en Toledo en las casas del conde de Melito*.

Los personajes de Toledo de la época de don Francisco de Quevedo, tienen su hueco en las siguientes producciones.

Una alusión a una persona, probablemente de relieve, se contiene en el romance «Fiesta de toros, literal y alegórica».

En el ya tratado baile «Los valientes y Tomajonas», trata de un tal Francisco López Labada, que no debió tener existencia real con tal nombre. Con toda probabilidad, sería un personajillo de poco fuste.

Don Busto de Villegas fué *gobernador del Arzobispado de Toledo por Felipe II*, así como *don Alvaro*

de Villegas, según el «Linaje de los Villegas», cláusula nona.

La fantasía moral «La hora de todos y la fortuna con seso», está dedicada *A don Alvaro de Monsalve, canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, Primada de las Españas, sacerdote a quien Quevedo escribió varias epístolas.*

En «Su espada por Santiago», es citado *Gómez García, presbítero de la ciudad de Toledo.*

De la fama del príncipe de los autos sacramentales, Valdivieso se hace eco en «La Perinola». Este fué capellán del Cardenal Infante don Fernando de Austria, de quien Quevedo ironiza en el romance «Toros y cañas en que entró el rey nuestro señor don Felipe IV», en los versos que siguen:

«Quedó el rubi de Toledo,
aquel Fernando excelente,
sin sus dos hermanos solo,
hartándose de bonete.»

Aparte de las veces en que ya hemos hablado del Arzobispado de Toledo, tiene otras menciones sobre el mismo asunto.

En la «Política de Dios, gobierno de Cristo Nuestro Señor», se leen unos renglones que dicen así: *fray Francisco Jiménez de Cisneros, bienaventurado arzobispo de Toledo.* En la cláusula séptima de el «Linaje de los Villegas», alude a la archidiócesis. Otras citas; al Cardenal Tavera, en la «Vida de fray Tomás de Villanueva», capítulo III; a San Ildefonso, en el «Memorial por el Patronato de Santiago».

La «Premática que este año de 1600 se ordenó», es una colección de modismos que, a juicio del autor, se debían suprimir por incorrectos del lenguaje corriente. Don Francisco admite que él mismo los emplea con frecuencia. Uno de ellos es la frase *arzobispo de Toledo.* Por aquel entonces, el uso de tales palabras debía estar tan en boga como al presente el decir popular: ¡díselo al Nuncio!

Su animadversión hacia las cosas toledanas se extiende hasta los productos de la tierra. En el romance «Lición de una tía a una muchacha, y ella muestra cómo lo aprende»,

se pueden leer unos versos que dicen así:

«Dátiles de Berberia,
niña, valen mucho más,
que quitales de Toledo,
que es una fruta infernal.»

Citas a Toledo en sus cartas se pueden encontrar en las número CXXXVI y CXXXVII, dirigidas, ambas, al duque de Medinaceli. De las que envió a don Francisco de Oviedo, secretario del rey, es mencionado en las CXXXIII, CCIX, CCXXXII, CCXLI; en la CCXXXI, Quevedo comunica a Oviedo que los médicos *aprueban mucho el temple y los aires de Toledo;* lleva fecha 5 de Junio de 1645. No llegó a venir a la ciudad. Murió en Septiembre del mismo año.

Aparte de las palabras que dedica a la Casa del Nuncio, que bien se pueden considerar elogiosas; de los saludables aires toledanos, seguramente por la cercanía de la sierra de Layos y la rápida corriente del Tajo; se pueden mentar, en el mismo tono, la alusión a los *bachilleres de Toledo*, a los que parangona con los *doctores de Salamanca* en el romance «Quejas del abuso del dar a las mujeres».

La *espada con que degollaron a San Pablo* es detallada, con toda minuciosidad, en la «Vida de San Pablo Apóstol». *Está guardado este cuchillo en el altar de la sacristía, del convento religiosísimo de San Jerónimo, que se llama de la Sisla, en Toledo.*

La composición quevedesca que contiene mayores ataques a Toledo, es el varias veces citado «Itinerario», de conformidad con la opinión de don Clemente Palencia.

El tono de la poética obra, es más bien que de odio de nuestra ciudad, de repulsa hacia los toledanos. Comienzan las palabras alusivas a Toledo, con una ironía hacia el autor, calificándose de loco por ser poeta. Los cuatro versos siguientes, en sentido estricto, no se pueden considerar como ofensivos. El vocablo *espetera* no es, en realidad, más que un término comparativo burlesco. No así las frases *república de botargas y procesión de terceros,*

que son francamente insultantes hacia los habitantes de la población. Los versos correlativos a los que el señor Palencia cita y que con muy buen criterio ha omitido, no revelan nada de particular, excepto la afición del escritor a hacer juegos de palabras, incluso acudiendo a la malsonancia.

Creo firmemente, de acuerdo con don Clemente, que el soneto que en la «Historia de Toledo», de don Antonio Martín Gamero, figura como de posible atribución a Quevedo, tiene pocas posibilidades de que sea de su propiedad. Dando de lado cierta semejanza en la sintaxis, la identidad de vocabulario nada prueba. El uso de palabras malsonantes e incluso obscenas, era un mal endémico de la centuria, de la que no se libró ni fray Gabriel Téllez.

No encaja que fuera su autor un hombre que por decir las verdades a los monarcas reinantes y a sus validos, sufrió prisiones; que algunas de sus obras fueron prohibidas por la Inquisición; que dijo verdaderas atrocidades de Góngora y Ruiz de Alarcón; ocultara su personalidad por palabra más o menos. Por meterse con una ciudad no se va a la cárcel; lo único que le puede ocurrir es el llegar al encuentro personal con algún ofendido; según sabemos por su vida, nunca temió tales lances.

Su ojeriza debe proceder de la tramitación de su pleito, como parece corroborarlo sus acometidas contra los leguleyos, curiales, goliillas y demás gente de leyes.

Don Francisco de Quevedo y Villegas fué un valiente que siempre atacó cara a cara; sus versos bien lo dicen y no mentían:

«Muchos dicen mal de mi,
y yo digo mal de muchos;
mi decir es más valiente,
por ser tantos y ser uno.
Que todos digan verdad,
por imposible lo juzgo;
que yo lo diga de todos,
con mi licencia lo dudo.»

Rectificar sus errores es cosa de sabios. Algo parecido sostiene el refranero castellano.

FERNANDO ESPEJO

DEL LIBRO INMORTAL



Dibujo a pluma, copia de Gustavo Doré, por Darío Martínez Paúl, de 16 años, alumno del Frente de Juventudes.

Despojado Sancho del gobierno de la ínsula, lejos de las burlas de los Duques y de la aviesa prudencia del Bachiller Sansón Carrasco, él, que había elogiado la vida de los santos como superior a la de los héroes, según se lee en el Capítulo VIII de la 2.ª Parte: «Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos a ser santos y alcanzaremos la buena fama que pretendemos»; se encuentra ahora con su rucio, sostén y arrimo de su infortunio. Nadie mejor que Cervantes pudo escribir estas inmortales palabras: «Vistióse en fin, y poco a poco, porque estaba molido y no podía ir mucho a mucho, se fué a la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo: Venid vos acá, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias; cuando yo me avenía con vos... dichas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.» (Don Quijote de la Mancha. 2.ª Parte. Capítulo LIII).

TRÍPTICO CERVANTINO

I

Por la ancha llanura castellana
que Mancha tiene por lucido mote,
un soñador fidalgo, al leve trote
del viejo Rocinante, y de mañana

su carabela de ilusión galana,
en busca de conquistas, pone a flote
para gloria y honor de Don Quijote
y orgullo sin igual de su Sultana...

Una dama es su sueño, y la grandeza
del linaje y alcurnia que él soñara
le hace ver en su genial rareza

gigantes en molinos. Y se prepara,
lanza en ristre, a la sin par querella
con ceguera de Amor por toda estrella...

II

«¡Oh, mi señor — el escudero clama—
parad vuestro caballo en buena hora,
que gigantes no son! ¿No véis ahora
como el viento no sopla y no se inflama

el aspa vieja que en su giro brama
como el fiero enemigo que la mente añora?
¡Tened a Rocinante, y sin demora
apagad de la fiebre vuestra llama..!»

No atajó la razón al caballero
ni pudo el miedo con su noble lanza
que hecha astillas saltó en la pujanza

de su ataque indomable rudo y fiero...
Y allí, junto a su lado, Sancho Panza
se hizo inmortal también como escudero.

III

¿No sentís el dolor de vuestro paje,
ni escucháis de su voz la dulce cuita.
¡Oh, tierna Dulcinea!, a quien invita
a requiebros de amor en su coraje?

Venid junto a su lado y el ultraje
de quien tuvo ilusión por toda cita
curadle con Amor. Que su alma ahita
sólo podrá sanar con su brebaje.

¿No véis cómo levanta temblorosa
su diestra, y asir quiere alocado
vuestro talle, buscando ilusionado

en tus labios caricia primorosa..?
¡Besadle, Dulcinea, con ternura,
que un beso de tu amor es su locura..!

(Estos sonetos fueron premiados en los Juegos Florales de Daimiel, recientemente celebrados).

ANTONIO DE ANCOS

CLAVE DE ESTIO

Este cielo increíble,
sutilmente ceñido,
que las agudas manos
temen romper, tan vivo

que alienta en pulsaciones
gozosas; de tan íntimo
intransferible, joya
deslumbrante, pistilo

de embriagado perfume,
jirón de fuego en vilo:
Aquí está, entre mis brazos,
crujiente, azul, magnífico.

Y yo, ardiente, lo estrecho
con tactos infinitos,
aspirando su polen
dorado, en un respiro

universal. Y, frágil,
se me quiebra en los filos
del viento—seda cálida
de turgente equilibrio.

Silencio. Plenitud
de inflamado solsticio:
¡Aquí está, aquí, mi hermoso
cielo, clave de estío!

FERNANDO ALLUÉ Y MORER.

(De su libro «PÚRPURA DEL AIRE».)

YO ANSIO UNA QUIMERA

Yo ansío una Quimera:
domesticar al Tiempo que, hambriento de las horas
las crines desatadas, galopa más que yo.
Detenerlo en el gozo de un minuto cualquiera.
Fustigarlo en la espera.
o mecerlo entre rosas si la dicha llegó.

Captar lo indefinible, suspiro y aleteo,
que llena cada instante de mística ansiedad.
Aspirar el aroma de la flor del Deseo
cuando todo Presente se hace Eternidad.

Yo ansío, pobre humano,
que el momento de acíbar pase fugaz por mí.
Tener, cuando lo quiera, el Pasado en la mano:
Recuerdo y esperanza; la paz y el frenesí.

Que no se acaben nunca fragancia y armonía.
Que mueran las espinas, sin tiempo para herir.
Que cuando tu me mires y yo te llame mía.
se eternice el encanto de verte sonreír.

Yo ansío una Quimera:
tenerte, toda entera,
en el cáliz del verso que nunca sé escribir.

A. ORTIZ CABAÑERO.

HISTORIA DEL CUADRO

EL ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ

I

Son las cuatro de la tarde de un despacible día de Diciembre. Fuertes borrascas azotan las calles toledanas, haciendo apresurar el paso a los pocos transeuntes que por ellas caminan.

El zumbido del viento, mezclado con el desagradable chirriar de las veletas de los campanarios, pone una nota lúgubre en la tarde otoñal.

Un hombre, caballero por su porte, desafiando las inclemencias del tiempo, sube con algún trabajo la cuesta de los Carmelitas y se dirige a las Tendillas, deteniéndose ante la blasonada puerta del señor de Orgaz.

A los recios aldabonazos, la puerta gira pesadamente sobre sus goznes, y un criado...

CRIADO—¡Sed bien venido, don Fernán..!

DON FERNÁN....—¿Cómo sigue tu señor..?

CRIADO.....—Su vida se acaba por momentos, pero su espíritu es cada vez más fuerte. ¡Pasad, Don Fernán..!

Y Don Fernán, después de subir escaleras, atravesar galerías y andar corredores, llega hasta el aposento de Don Gonzalo Ruiz de Toledo, Señor de Orgaz, el cual, en ancho lecho de palosanto doselado, lucha con la enfermedad que le ha de llevar a la muerte, pero resignada y cristianamente soporta sus dolencias; viendo a Don Fernán...

DON GONZALO...—(Con voz muy débil). ¡Acercaos Don Fernán..!

DON FERNÁN....—¿Cómo os encontráis, Don Gonzalo..?

DON GONZALO.. —¡Ya véis..! ¡Muy pronto iré a rendir cuenta a Dios!

DON FERNÁN....—¡Creo que exageráis, Don Gonzalo..!

DON GONZALO...—¡El cuerpo casi no me pertenece, y lo poco que queda de él, quiero aprovecharlo para dejar las cosas terrenales en buen lugar, ya que el alma..!

DON FERNÁN....—¡No penséis de esa manera..!

DON GONZALO...—¡Precisamente pensando así, quiero dejar ultimada mi voluntad en esta hora en que Dios me da un momento de lucidez, para disponer bien lo que se ha de hacer y... que no hay momento que perder... noto que la vida se me va a pasos agigantados... todo está dispuesto... haced salir a los criados y quedaos solos vos y el Escribano..!

La tarde va declinando. En la estancia de Don Gonzalo, el leguleyo, a la luz de un farol, va escribiendo sobre pergamino lo que el noble prócer, con voz fatigada, va diciendo...

DON GONZALO...—¡Deseo... que este mi cuerpo vuelva a la tierra de donde salió... y sea sepultado junto al de mi esposa Doña Maria González, al fondo de la iglesia de Santo Tomé... sin ninguna pompa, sino con humildad como Dios manda...; también digo, que «los vecinos de la villa de Orgaz, paguen todos los años para el Cura, ministros y pobres de esta parroquia»... (Se va perdiendo la voz).

II

Doblan las campanas de la torre mudéjar de Santo Tomé en esta fría mañana decembrina, al mismo tiempo que un lúgubre cortejo avanza en dirección de la



parroquia, portando en andas funerarias al inanimado cuerpo encerrado en férrea y cincelada armadura, al muy ilustre y cristiano caballero Don Gonzalo Ruiz de Toledo, que entregó su alma a Dios el 9 de Diciembre de 1323.

Numerosa comitiva acompaña hasta su última morada al Señor de Orgaz.

Las vestimentas de paño burdo de los plebeyos, se rozan con las ropillas de seda y terciopelo de los caballeros, mientras que las estameñas de los frailes y las sotanas de los clérigos, ponen una nota mística en esta abigarrada muchedumbre, que ya traspasa los umbrales de Santo Tomé.

Y allí quedan en la calle damas de alto rango y menestralas pulcras, enjugando lágrimas sinceras que brotan de sus ojos; unas, con finos pañuelos de encaje, y otras, con blancos pañuelos de hilo. Y es que el pueblo entero siente con dolor

propio la muerte del caballero que llevan a enterrar.

Su vida estuvo consagrada solo a hacer el bien. Socorria con largueza a los necesitados, fundaba hospitales, como el de San Antón, conventos, como el de San Agustín, y restauró, entre otras, las iglesias de San Justo, San Bartolomé y Santo Tomé.

Las puertas del templo, abiertas de par en par, han dado paso al triste cortejo y a sus acompañantes. El clero, revestido con capas pluviales de terciopelo negro y bordados en amarillo oro los atributos de la muerte, con cruz alzada recibe el cadáver del Señor de Orgaz, el cual es colocado sobre un túmulo en medio de la nave central, mientras le rezan los funerales...

El gentío que llena el templo es inmenso, y en las caras de los circunstantes se aprecia un sincero dolor; los caballeros se lamentan:

CABALLERO 1.º.—¡Hemos perdido con su muerte el mejor de los caballeros de nuestro tiempo..!

CABALLERO 2.º.—¡Decís verdad, Don Ramiro; era noble de sangre y de alma..!

CABALLERO 3.º.—¡Flor de hidalguía y prócer único entre los próceres..!

Y los frailes de distintas Ordenes que allí se encontraban...

FRAILE 1.º.....—¡Dios se ha llevado para Si un santo varón..!

FRAILE 2.º.....—¡Acatemos los designios del Supremo Hacedor, fray Tomás; le convendría a su ánima..!

FRAILE 3.º.....—¡Roguemos a Nuestro Señor por él..!

Y los plebeyos y mendigos...

HOMBRE 1.º.....—¡Hombre más cabal en mi vida he visto..!

MENDIGO 1.º.....—¡Socorria con largueza al necesitado..!

HOMBRE 2.º.....—¡Y justo y bueno como él solo..!

MENDIGO 2.º.....—¡En cuántos hogares le estarán llorando..!

Han terminado los funerales, y los cánticos religiosos también han cesado. Los servidores, vuelven a tomar las andas funerarias para trasladar al que fué Señor de Orgaz a la tierra donde ha de reposar eternamente, y se encaminan hacia el fondo de la nave, a los pies de la iglesia, como él mandó que se hiciese..., y en el momento de depositarle sobre el suelo...

Por toda la iglesia se ha esparcido una tenue neblina, que envuelve sutilmente y sobrecoge al acompañamiento...

Aún no se habían repuesto de la impresión, cuando, asombrados, ven junto al cadáver dos personas: un anciano, tocado

de mitra bordada y revestido de rica capa pluvial, y un joven con dalmática diaconal. El más anciano, le toma por los hombros; el más joven, sostiene el cuerpo inanimado de Don Gonzalo por las piernas, y entre los dos, amorosamente, le colocan en la sepultura...

Son San Agustín y San Esteban.

Y cuando hubieron terminado su misión, San Agustín, dirigiéndose a todos...

SAN AGUSTÍN...—*«Tal galardón recibe quien a Dios y a sus santos sirve».*

Y la misma neblina envolvió a los dos santos varones, desapareciendo a la vista de la asombrada concurrencia.

El milagro se cundió por toda la ciudad, llegando a oídos de las autoridades eclesiásticas, las cuales formalizaron el oportuno expediente, haciendo declarar como testigos a las personas de todas clases sociales que presenciaron el milagroso acontecimiento.

En el Archivo de Simancas están guardados cuantos documentos se escribieron sobre el hecho, con la fe y firma de los personajes de la época, que tuvieron la dicha de encontrarse allí y ver con los ojos corporales cómo San Agustín y el diácono mártir San Esteban, bajaron de los cielos a enterrar a Don Gonzalo Ruiz de Toledo, Señor de Orgaz.

III

Andando el tiempo, hacia el año 1584, el Cura párroco de la iglesia de Santo Tomé, Andrés Núñez de Madrid, queriendo que el milagro quedase plasmado de forma real y visible, para conocimiento y ejemplo de generaciones posteriores, se le ocurrió que un pintor vecino suyo, llamado Domenico Theotocópuli, conocido más generalmente por el Greco, que por aquel entonces se había avvicinado en Toledo, podía satisfacer sus deseos.

IV

Una tarde, después de los rezos de vísperas, Don Andrés Núñez se encamina hacia el paseo del Tránsito, donde está enclavado el palacio del Marqués de Villena, y que ahora es morada del pintor extranjero, conocido con el sobrenombre del Greco...

Fuertes aldabonazos han repercutido en el amplio zaguán, y a los pocos momentos un criado hace girar sobre sus goznes la elaveteada puerta.

CRiado.....—¿Qué se os ofrece, Reverencia...?

DON ANDRÉS...—¿Por ventura está en casa vuestro amo...?

CRiado.....—¡Pintando le tenéis...!

DON ANDRÉS...—¡Quisiera, a fuer de no ser molesto, hablar con él...!

CRiado.....—¡Mirad que en mala hora venís, pues cuando trabaja, no quiere que se le moleste por nada...!

DON ANDRÉS...—¡Mas no importa! ¡Prisa no tengo, y esperaré a que termine su labor...!

CRiado.....—¡En ese caso, pasad; y en el jardín podéis recrearos mientras él termina y yo le paso aviso...!

DON ANDRÉS...—¡Gracias, y toma por tus servicios...!

El criado, después de tomar las monedas que el sacerdote dióle, conduce a éste hasta los jardines de la residencia del pintor.

No le fué pesada la espera, porque el sitio no podía ser más ameno. Las madre-selvas escalaban los muros, poniendo en ellos un tapiz encantador, mientras que los rosales, con una gran variedad de flores, salpicaban de pinceladas brillantes el fondo verde de sus ramas, perfumando el ambiente. Los claveles y geránios, de tonalidades gayas y calientes, contrastaban con el morado discreto de los lirios y con la pálida tristeza mística de las azucenas. En frente, limitando el horizonte el pintoresco paisaje agreste y montaraz, y abajo, el rumoroso río cantando su canción milenaria... Y sobre todo, esto, un cielo arrebolado, presagio de un bello ocaso que ya se inicia allá por el santuario de la Bastida.

Cuando más absorto estaba en la contemplación mágica de esta hora única en Toledo, sacóle de su arrobamiento unos pasos que hacían crujir la arena del jardín...

EL GRECO.....—¡Perdonad si os he hecho esperar algún tiempo...! ¡No quisiera lo tomáseis a descortesía...!

DON ANDRÉS...—¡Podéis creerme, seor Domenico, que uno de los mejores ratos de mi vida lo he pasado hoy en vuestra casa contemplando en estos jardines el prodigio de la Naturaleza...!

EL GRECO.....—¡En verdad que hemos de dar constantemente gracias al Supremo Hacedor por haber creado cosas tan bellas, y... por haberlas puesto al alcance de nuestros torpes sentidos; mas, decidme, ¿en qué puedo seros útil?!

DON ANDRÉS...—¡El caso es, seor Domenico, que como cura que soy de la parroquia de Santo Tomé, y en agradecimiento a los muchos beneficios que a ella otorgó el noble Don Gonzalo Ruiz de Toledo, que como sabe está enterrado por su propia voluntad a los pies de la iglesia, quisiera perpetuar su memoria, y con ello el milagro acaecido durante su enterramiento, con un gran cuadro que vos ejecutéis con vuestra acostumbrada maestría, para que sea asombro y ejemplo de generaciones que nos han de suceder...!

EL GRECO.....—¡Me place en extremo el asunto, y agradezco os hayáis dignado acordaros de mí para tan noble propósito...! ¿Dónde colocaréis mi obra...?

DON ANDRÉS...—Encima de la huesa a que fué conducido el Señor de Orgaz por San Agustín y San Esteban. Mi intención era deparar mejor alojamiento a los privilegiados restos; pero acatando las órdenes del Arzobispo Don Gómez Tello Girón, el cual dice que «no es justo que manos de pecadores muden cuerpo que Santos con las suyas han tocado», quedará para los siglos en el mismo sitio.

EL GRECO.....—¡Bien; os aseguro que no solamente quedaréis complacido, sino que también, y por muchos años, las gentes que nos han de suceder, como vos decís, lo verán plasmado por mí en una tela, y su título será *El entierro del Conde de Orgaz*...!

Y efectivamente; el Greco concibió y ejecutó una de sus obras maestras, que ha

sido, es y será admirada por el mundo entero.

La composición es magnífica, y su colorido correcto y de efectos sorprendentes en la parte interior, que asombra por el realismo de sus retratos, caballeros todos y personajes conocidos de su tiempo. En cambio, la Gloria, que es la parte superior del cuadro, acusa ya la extravagancia que desgraciadamente más tarde ha de ser el sello característico de lo que se ha dado en llamar segunda época de este genio de la pintura, y que a pesar de todos, seguirá poniendo una nota de originalidad y valentía así en sus lienzos.

Por esta obra, que hoy materialmente está tasada en muchos millones de pesetas, cobró el Greco mil doscientos ducados.

Por bajo del cuadro del Greco, titulado *El entierro del Conde de Orgaz*, hay una lápida que dice así:

«Aunque vayas deprisa, detente un poco, caminante, escucha en muy pocas palabras una antigua historia de nuestra Ciudad.»

Don Gonzalo Ruiz de Toledo, Señor de la Villa de Orgaz y Notario Mayor de Castilla, entre otras pruebas que nos dejó de su piedad, cuidó de que a su costa se restaurase con más amplitud esta Iglesia que estás viendo de Santo Tomé Apóstol, antes angosta y mal fabricada en la cual ordenó por su testamento le diesen sepultura y la hizo además donativo de oro y plata.

Cuando los sacerdotes se preparaban a enterrarle ¡mira que cosa tan rara y maravillosa! San Esteban y San Agustín bajan del cielo y lo sepultan con sus propias manos, ¿cuál pudo ser la causa que impulsase a estos Santos? Por cuanto sería largo de contar, no están muy lejos de aquí los Religiosos Agustinos; si tienes tiempo ve allá y pregunta, que ellos te lo dirán. Falleció año de Cristo 1312.

Ya has oído la gratitud de los habitantes del cielo; oye ahora la inconstancia de los mortales. El mismo Gonzalo mandó en su testamento que los vecinos de Orgaz pagasen todos los años para el cura, ministros y pobres de esta Parroquia, dos carneros, diez y seis gallinas, dos pellejos de vino, dos cargas de leña y ochocientos maravedises. Pero los tributarios, esperando que el transcurso del tiempo habría obscurecido el derecho, reusaron estos años pasados satisfacer la demanda, pero fueron compelidos a hacerlo por sentencia de la Audiencia de Valladolid en el año 1570, habiendo defendido valientemente Don Andrés Núñez de Madrid, cura de este templo y Pedro Ruiz Duro su mayordomo.»

Esta es la historia del cuadro *«El entierro del Conde de Orgaz»*, pintado por el Greco, cuya obra se conserva en la iglesia de Santo Tomé.

PABLO GAMARRA

DEL TOLEDO TRISTE

En mis correteos por Toledo y, más aún, cuando veo las patrullas de turistas operando en la vieja topografía de la ciudad, pienso, sin querer, en que Toledo toma, poco a poco, el carácter de una magnífica antigualla, encerrada con sus habitantes en una civilización espiritual que parece pasada de moda.

Si no resultara este tema demasiado serio, podría emplearse sin desventaja un término deportivo. Toledo está «fuera del juego» en el gigantesco partido de fútbol del mundo de hoy.

Y no es sólo que a Toledo, como ciudad, le ocurra esto. La cosa es más grave todavía si llegamos a sospechar que son la historia y el arte mismo las que ya aparecen cohibidas en la civilización. Si pudiera profundizarse en la psicología de esos numerosos y algo inadecuados turistas que nos visitan, podrían encontrarse ideas peregrinas sobre el concepto de lo que el arte, y la admiración por él, sean.

Bien sé que es doloroso todo esto. Pero no es lo grave que Toledo ciudad quede arrinconada en la actividad del mundo. Lo grave es que no se piensa en que Toledo representa la Religión, el Arte, la Historia.

Cada piedra de Toledo está lavada en sangre de santos, está carcomida por la devoradora investigación de eruditos e impulsada y sujeta por cantares de literatos y poetas.

Y se me ocurre que bien puede ser esto último lo que nos engaña todavía, al acarrearnos a diario la admiración múltiple y asombrada que apenas si en un pequeño porcentaje deja de nutrirse en literatura de tópico, en frase hecha y en poesía trasnochada de peñascos melancólicos, Tajos de fuegos y callejuelas laberínticas.

Ya sé que en Toledo hay todo eso. Pero también mucho más. Y ahora creo que ha llegado el momento de meterme de lleno en la materia de este artículo.

Procuraré escribir sin caer en ese tópico que antes criticaba. Si no lo logro, piense el lector en la demasiada fuerza del tópico o en la debilidad de mi pluma.

En Toledo hay encerrado un bagaje espiritual y cultural capaz de desglosarse en sugerencias e ideas que eduquen o, quizás, reeduquen las despistadillas sensibilidades de hoy.

Toledo enseña al que quiere coger su espíritu, que quiere aprender en esas ideas hechas piedra y ambiente, muchas cosas que son su propio corazón, sus propios sentimientos, y que están escondidas a más profundidad de la que alcanza una visita rápida y un tanto demoledora, por muy sincera y erudita que sea.

En esas «confidencias», esta ciudad levanta al viento y a la niebla campanarios desvencijados y vacíos, ya de campanas, ya de campanadas, donde el sonido rinde único triduo, no al bronce, sino al aire

que remueve vigas y tambalea ladrillos, tostados en un desesperante proceso de calma y calor.

También enseñará, más adentro aún, casi en sus más recónditas intimidades, muchos portalones cerrados y oscuros tras de los cuales están otras tantas Iglesias (góticas capillas, antiguas basílicas visigodas) llorando su propia ruina, cuando las goteras borran y corroen pinturas, frescos y techumbres; asfixiándose entre el polvo de sus mismas entrañas, cuando el sol impecable parece aumentar sus huecos y desgarrones.

No es esta literatura de tópico, sino pobre reflejo de una agobiada realidad. Si mis líneas no merecen crédito, quizás lo merezcan estos nombres: San Lucas, San Román, Santa Eulalia, San Miguel...; otras tantas iglesias que se quejan calladamente de su dramático morir, y que convencerán más que mil páginas, por brillantes que fueran, que pudieran escribirse.

Toledo enseña esto, pero aún guarda más. Si no te asusta conocerlo, lector, vé, y que tengas la suerte de captar en todos sus matices las imágenes que buscas en tu «entrevista» con la ciudad. Toledo contesta ampliamente, sin titubeos, a tus preguntas. Si acaso se hará rogar un poquito. Pero cuando le arranques sus respuestas, te cogerá por completo en sus palabras, mudas de sonidos pero elocuentes de expresión. Sigue.

Toledo encierra centenares de monjas ante las que se siente un respeto a lo heroico. Centenares de monjas que languidecen en su existencia humana para que otros resurjan en su existencia espiritual. Centenares de monjas que viven entre muros vacilantes, bajo techos y artesanados que se hunden, y que reciben al frío y al calor con amplia generosidad para arrojarlos luego, al interior de cada convento, con saña de gigantes heridos y enfermos. Porque esos conventos toledanos, en los que se reflejan más tristemente las glorias pasadas, tienen hoy una trágica grandeza, o una tímida y vencida majestad. Se ha dicho de Toledo que es la ciudad de los campanarios. Cada campanario arrastra, como queriendo elevarlo del olvido y el polvo, un convento. Y en cada convento se espiritualizan esas monjitas de clausura.

Y si hubo tiempos en que esas campanas representaban la llamada de la oración al mundo, hoy sirven de martillos que moldean, a golpe de badajo, todo lo que nos queda en nuestro Toledo que, también a golpe de badajo, se eleva convertido en espíritu o desaparece aniquilado en polvo y terraplén.

Y el día en que las iglesias y los conventos, los campanarios y las campanas, sean espíritu y tierra, apenas si Toledo será un poblachón, que podrá contar, en las noches de invierno, a las casas modernas y a las calles rectas de otras ciudades, cómo tuvo lo que ellas no tendrán jamás.

JOSÉ LUIS PÉREZ DE AYALA

CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Varios de ellos están inspirados en asuntos toledanos, especialmente los titulados «El poeta» y «La Casa de Garcilaso». El lector ha de verse gratamente sorprendido ante un libro que sabe renovar el género más antiguo de nuestra prosa.

* * *

La Jara toledana, de Fernando Jiménez de Gregorio.

El laborioso catedrático de Geografía e Historia del Instituto «Saavedra y Fajardo», de Murcia, asociado de «Estilo», termina de publicar en la Sección de Estudios Geográficos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, un estudio detallado, modelo de crítica moderna, sobre esta rica región toledana.

Publicación que juzgamos del mayor interés por el esbozo de conjunto, por el acopio de notas bibliográficas, acarreo de observaciones, citas y testimonios fotográficos. A su preparación y competencia, a su temperamento de investigador, unido el amor a su patria chica —Belvis de la Jara—, y hacia su región, que con esta obra queda redimida del olvido, añadiendo además un valioso libro a la bibliografía de nuestra provincia.

* * *

Toledo en la poesía castellana, de Fernando Allué Morer.

Ha aparecido el discurso que leyó el Sr. Allué con motivo de su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, que en aquella ocasión no pudo ser escuchado en toda su extensión, ni con la preciosa aportación de notas con que ahora se publica. Tanto «A. B. C.» como otros periódicos, han dedicado reseñas y comentarios a esta obra; acertadísima fué la crítica del insigne periodista D. Adoración Gómez Camarero, que desde «EL ALCÁZAR» dedicó dos artículos, escritos con la insuperable maestría de su pluma.

Los libros del Sr. Allué, socio también de «Estilo» y colaborador de «AYER Y HOY», despiertan siempre honda emoción en el lector, tanto por su documentación como por su exquisita modalidad expositiva.

CLEMENTE PALENCIA



(Caricatura de F. Aguado)

Ana Rivero y otros cuentos, de Francisco Aguado Sánchez.

Distribuciones Deymi. Madrid, 1950.

Durante dos años vivió el ambiente de Toledo este joven autor del libro titulado «Ana Rivero y otros cuentos». Su gran capacidad de observación captó en seguida ese clima poético que la imaginación viva percibe, de día o de noche, por las viejas calles, aunque «su existencia haya transcurrido allí, de una forma constreñida, sujeta a las obligaciones diarias».

Y entonces brotaron veintiséis cuentos de fuerte contenido psicológico que han sorprendido, con su aparición, a los más avisados lectores. F. Ochotorena comentaba sagazmente, en el diario almeriense «Ya», la doble proyección del autor que rompe los límites del regionalismo y llega a la universalidad plena, con el secreto de su gracia narrativa, llena de sencillez y de serenidad.

Ya habíamos apreciado, por sus artículos publicados en nuestra Revista, sus preocupaciones estilísticas en una buena semblanza que trazó de Azorín (AYER Y HOY, núm. 13, Enero 1950), donde también esboza sus opiniones sobre el cuento.

El domingo, día 8, se inauguró la III Exposición de Otoño, a las once de la mañana, en el Salón Alto del Ayuntamiento. La Junta Directiva acordó otorgar tres premios: un primero de 250 pesetas, el segundo de 150 y el tercero de 100, cuya cuantía les será entregada a los favorecidos en materiales de trabajo.

Distinciones recaídas sobre nuestros socios

A D. Emilio Abel de la Cruz, Teniente de Alcalde y Consejero Provincial del Movimiento, voluntad inquebrantable en lo que signifique mejora por Toledo, entusiasta de «ESTILO», a cuyos socios estimula constantemente con la organización de concursos artísticos, se le concedió, por la Junta Central de Re-compensas de F. E. T. y de las J. O. N. S., la Cruz de Caballero de la Orden de Cisneros.

El Jurado calificador del concurso de dibujos sobre la gesta del Alcázar, convocado por el Excmo. Ayuntamiento, adjudicó el Primer Premio, de 750 pesetas, al titulado: «Esperando la mina». Es un dibujo al carbón, de ejecución perfecta y de un patético realismo, del que resultó autor D. Manuel Martín Pintado; el Segundo, de 500 pesetas, a D. Antonio Moragón, por el titulado: «Entre escombros». Notable por su técnica de estar hecho sobre fondo negro y por lo acertado de la composición; el Tercero, de 250 pesetas, se otorgó también a D. Manuel Martín Pintado, por el titulado: «Liberación». Precioso dibujo a pluma que refleja la salida radiante de los sitiados en grandiosa apo-teosis.

El Jurado tuvo palabras de



Travesía de Santa Ursula

(Xilografía de Tomás Llorente).

elogios para algunos otros, muy especialmente para el titulado: «Asedio». Se presentaron doce dibujos, que continúan expuestos hasta el día 2 de Octubre, en el Salón Alto del Excmo. Ayuntamiento.

Necrológica

Con el mayor sentimiento consignamos la muerte de don Angel Jerónimo Garrido, ocurrida de una forma imprevista el día 31 de Julio en San Sebastián. Era uno de los socios fundadores más entusiastas de «Estilo», colaborando con sus inspiradas poesías en «AYER Y HOY». La exquisita pluma de D. Fernando Allué trazó su semblanza desde las páginas de «EL ALCAZAR», por los primeros días de Agosto. Como él decía: «en todos sus aspectos vitales había algo simpático y personal.» «Quizá su propia vitalidad, su anhelo de dilatados horizontes, esa ansia verde de vida, le haya llevado a la sorda tragedia de su muerte.»

También ha fallecido, en San Sebastián, nuestro asociado don Eduardo Lagarde, que supo inspirar grandes estímulos a los artistas toledanos, y a cuyo recuerdo se dedicará, en el próximo número, una semblanza detenida.

ACONTECIMIENTOS DE AYER

AGOSTO DE 1561

Alonso de Berruguete da por terminado el sepulcro del Cardenal Tavera.

Esta magnífica obra la inició el genial escultor el año 1559.

Adopta forma gótica en la estatua yacente, representando el cadáver con una realidad sorprendente.

El sepulcro se compone de cuatro águilas talladas, relieves sobre la vida de San Juan y Santiago, el escudo de la Catedral, alegoría de la Caridad, cuatro estatuas que representan las Virtudes Cardinales, otro escudo de armas del fundador y labores de gran mérito.

Se terminó el 6 de Agosto de 1561, y cobró por este trabajo tres mil ducados.

SEPTIEMBRE DE 1611

Muere el Padre Rivadeneira

Era de familia hidalga, pero sin fortuna.

Mostró, desde joven, gran talento, ingresando en la Compañía de Jesús.

Estudió en París; enseñó en Palermo y Roma.

Su labor se clasifica en dos grupos: obras históricas apologéticas, siendo la principal «La vida de San Ignacio de Loyola», y obras ascético-morales, de las cuales sobresale el «Tratado de las tribulaciones». Pero la que le dió más fama fué el «Flos sanctorum» o libro de las vidas de los santos, traducida a todos los idiomas.

Murió este insigne toledano el 22 de Septiembre de 1611, a los 84 años de edad.

RAMÍREZ DE DIEZMA